

DE PASEO CON ORTEGA

ZAMORA BONILLA, Javier (dir.): *Guía del Madrid de Ortega*. Madrid: Comunidad de Madrid, 2011, 167 p.

ANTONIO GARRIGUES WALKER

La Guía del Madrid de Ortega, dirigida por Javier Zamora, es una guía buena, una guía útil, una guía “divertente” y, sin duda, una guía sorprendente. Descubre nuevas áreas y matices de la sensibilidad orteguiana y sobre todo relaciona esas ideas y matices con las realidades físicas de una ciudad como Madrid que siempre ha sido una ciudad compleja y enrevesada, pero sobre todo una ciudad que facilita y genera convivencia, posiblemente como ninguna otra, una ciudad en la que el maestro desarrolló su esplendor intelectual, una ciudad que amó y entendió profundamente.

Ortega tenía, entre otras muchas virtudes, una principal y determinante: la curiosidad intelectual que es propia sin duda de muchos intelectuales, aunque es difícil encontrar a nadie que le supere en este terreno. A Ortega le interesaba todo. Lo bello y lo feo. Lo verdadero y lo falso. Lo útil y lo inútil. Lo

local y lo global. Lo que le gustaba y lo que no le gustaba.

Se ha dicho, en este sentido, que a Ortega le interesaba sin duda el arte en todas sus manifestaciones pero que tenía una clara preferencia por la pintura y la poesía y un interés relativamente escaso por la música y el teatro. Se citan para demostrarlo sus propias afirmaciones: “Yo no entiendo nada de música. Sobre esto conviene que el lector se halle libre de dudas”. “Yo no voy casi nunca al teatro por razones que no es el caso enunciar”. Tomar estas afirmaciones al pie de la letra sería un grave error. Sabía de música y de teatro, quizás un gramo de sal menos que de otras muchísimas cosas, pero más, mucho más, que la gran mayoría de los intelectuales de su generación.

Escribió la “Idea del Teatro”, que es, si se quiere, una obra menor en comparación con las fundamentales, pero llena de reflexiones fascinantes. Ortega se empeñó en convencer a ese mundo de la necesidad de renovarse, de modernizar sus estructuras y sus ideas. En la guía que comentamos figura este mensaje directo: “Va siendo urgente conseguir que el teatro vuelva a ser algo vivo, fuerte, perturbador de los corazones inertes; un salto de agua al servicio de

la higiene moral, una ducha, un ejercicio, un combate". Y además fue a los teatros de Madrid más de lo que él acepta y no solo cuando venían compañías argentinas.

Igual sucede con el tema de su interés por la música. No entendía nada de música pero escribió "Musicalia" y "Apatía artística", además de comentarios extensos en *La deshumanización del arte*. Asistió a conciertos y conferencias con regularidad. Tuvo polémicas sobre la renovación de la música en la misma línea que las que tuvo sobre el teatro. Debatió con los expertos y los críticos de su época, especialmente con Adolfo Salazar, y se atrevió, con verdadera audacia, a acusar a Wagner de excesos dramáticos, "el melodrama llega en Wagner a la más desmesurada exaltación", y a identificar a Debussy con la nueva música, "desde él es posible oír música serenamente, sin embriaguez y sin llanto".

La curiosidad de Ortega no tenía, en verdad, ningún límite. Su capacidad para relacionar cualquiera de sus actividades, aún las más triviales, con pensamientos filosóficos o sociológicos es sencillamente admirable. Recuérdese el artículo de *El Espectador*, "Estética en

el tranvía". Nunca dejaba a su mente en paz. Seguía, a rajatabla, el consejo de que el cerebro es otro músculo que debe ejercitarse para mantenerlo vivo y alerta. Y nunca se agotaba en este ejercicio.

La guía que comentamos es en este sentido fascinante. El Palacio del Senado era para Ortega una institución representativa de la "vieja política". Llevaba a sus alumnos a Vicálvaro para hablarles y explicarles la forma y la esencia de la tierra castellana y también a Baztán cuyo palacio era para el filósofo un símbolo del racionalismo ilustrado. Las cumbres del Puerto de Navacerrada inspiraron muchos de sus pensamientos y entre ellos los que incorpora a "La pedagogía del paisaje" en donde llegó a sentenciar "dime el paisaje que vives y te diré quién eres".

Yo he tenido la oportunidad de andar con pausa alguno de los recorridos que sugiere la guía y puedo garantizar que merece la pena porque enriquece la mente y hace amable el ejercicio físico. Y, por si fuera poco, leer la guía entera es leer un resumen habilísimo de las admirables obras completas recién editadas.